LIBRO DE HECHOS

Lección 45, Capítulo 20

Hechos, capítulo 20, presenta a Pablo dejando la tensa situación de Éfeso después de verse envuelto en un disturbio iniciado por el gremio de los plateros debido a su enseñanza de que los ídolos no eran dioses verdaderos. Lo importante que debemos recordar de este acontecimiento es lo que nos enseña acerca de cómo el mundo gentil veía al judaísmo y a El Camino, y cómo El Camino y el judaísmo se veían entre sí. Cuando estamos mal informados sobre esto, es cuando nacen toda clase de doctrinas cristianas equivocadas y actitudes antijudías.

En el capítulo 19 vimos que los plateros percibían a los miembros de El Camino simplemente como un grupo peculiar de judíos que practicaban su propia versión del judaísmo (sin importar que algunos gentiles se hubieran unido a ese grupo). Y mientras que los judíos locales con quienes los efesios estaban acostumbrados a tratar mostraban un grado aceptable de respeto y tolerancia hacia los dioses que normalmente se adoraban en Éfeso (su dios más importante era la diosa Artemisa), Pablo, como portavoz muy visible de El Camino, era considerablemente menos cordial en su denuncia pública de los ídolos en general. Los gentiles de Éfeso no tenían suficiente conocimiento acerca de los judíos como para hacer distinciones matizadas entre las diversas sectas del judaísmo, así que simplemente veían a todos los judíos como básicamente iguales y a todas las facciones del judaísmo como distintas partes de una misma religión. Por eso, el disturbio de Éfeso estaba dirigido contra los judíos en general.

El Camino también se consideraba una facción del judaísmo. Sí, tenían algunos conversos gentiles a la fe de Jesucristo; pero el judaísmo siempre había atraído a conversos gentiles. De hecho, podemos remontarnos al éxodo de Egipto y ver que miles y miles de personas que no eran hebreas se unieron a Israel (la Biblia las llama una multitud mixta) cuando comenzaron su recorrido hacia la Tierra Prometida. En este punto del libro de Hechos, El Camino seguía siendo mayoritariamente judío y continuaba bajo el liderazgo de judíos.

Los judíos tradicionales también estaban de acuerdo en que El Camino era una facción del judaísmo; no existe ningún registro de que los rabinos afirmaran que El Camino no era judío. Más bien, con el tiempo los rabinos afirmaron que El Camino era herético (aunque esa acusación era algo que los distintos rabinos y las facciones que dirigían se lanzaban regularmente unos a otros). Sin embargo, finalmente hubo un esfuerzo entre las sectas más tradicionales del judaísmo para excomulgar a El Camino. Para entonces, es posible que los gentiles representaran la mayoría de los creyentes y que el liderazgo gentil comenzara a superar al liderazgo judío. Así que, en algún momento poco antes del año 100 d. C., se estableció la **Birkat ha-Minim**; en inglés se conoce mejor como la Bendición contra los Herejes. Esencialmente, esta oración pasó a formar parte de un conjunto de bendiciones judías llamado **Shemoneh esrei**, que se practicaba en sinagogas de todo el mundo conocido. Si buscan este término en una enciclopedia, en Internet o lo leen en comentarios cristianos, inevitablemente dirá que se trata esencialmente de una maldición contra los cristianos. Pero, de hecho, eso nos da una impresión completamente equivocada. Los judíos tenían poco interés en las religiones ajenas al judaísmo, es decir, las religiones que practicaban los gentiles. Más bien, la **Birkat ha-Minim** estaba dirigida a los judíos que seguían a Yeshúa como Mesías, no a los gentiles que seguían a Yeshúa. Por tanto, no era una bendición contra «la Iglesia», como normalmente la concebimos.

Más bien, esta bendición estaba dirigida directamente a los miembros y al liderazgo judíos de El Camino.

En resumen: en la época de Hechos, capítulo 20, El Camino y sus miembros (judíos y gentiles) eran vistos universalmente como una de las varias facciones del judaísmo. Esto cambiaría, pero no hasta después de que concluyeran los escritos del Nuevo Testamento, lo cual ocurriría varias décadas después de la época del libro de Hechos.

Leamos juntos Hechos, capítulo 20.

LEAN TODO HECHOS, CAPÍTULO 20

Otros libros del Nuevo Testamento, además de Hechos, tratan sobre los viajes misioneros de Pablo y, por eso, la información que contienen suele

entrelazarse y completar los detalles que Lucas decidió no mencionar. Sin embargo, a veces puede ser difícil correlacionar exactamente un acontecimiento de Hechos con otro de, por ejemplo, 2 Corintios. Por eso, distintos eruditos pueden tener opiniones diferentes en sus conclusiones. Sin embargo, por lo general existe un consenso general, porque a menudo las diferencias entre los estudiosos de la Biblia no se basan en el contenido de la información, sino en si el comentarista bíblico CREE o no que la información bíblica es exacta. Así que, suponiendo que la Biblia es exacta, esto es lo que vemos que sucede al comenzar Hechos, capítulo 20.

Pablo ha salido de Éfeso y tiene la intención de viajar por Macedonia. Viajó no en barco, sino probablemente a pie, y visitó a varios creyentes que él había establecido anteriormente (esta era la costumbre de Pablo). Cuando relacionamos lo que está escrito en 2 Corintios 2 con lo que leemos en los primeros versículos de Hechos 20, parece que Pablo tenía la intención de reunirse con el discípulo Tito en Troas. Pablo no permaneció mucho tiempo en Troas y optó por ir a Corinto. Pero Tito no llegó a Troas cuando se le esperaba, así que Pablo comenzó a viajar por Macedonia y, de hecho, allí se reunió con Tito. Tito había estado en Corinto y traía buenas noticias: una situación preocupante que había ocurrido allí (la situación que hizo pensar a Pablo que necesitaba ir a Corinto) se había resuelto.

Parece que Pablo pasó bastante tiempo en Macedonia, pero no sabemos exactamente cuánto. Después fue a Grecia, donde permaneció tres meses (probablemente durante el invierno, cuando normalmente se suspendían los viajes, o hasta que se reabrieran las rutas marítimas). Es probable que pasara gran parte de ese tiempo en Corinto, ya que parecía estar decidido a ir allí. La colecta de fondos para beneficiar a los creyentes pobres de Jerusalén seguía en marcha y, cuando el invierno daba paso a la primavera, los ancianos de las distintas congregaciones que contribuían con fondos se reunieron en Corinto para navegar con Pablo hacia Tierra Santa y entregarlos.

Permítanme explicar con más detalle el asunto de los fondos que se estaban reuniendo, porque no todos esos fondos eran para ayudar a los creyentes pobres de Jerusalén. Más bien, existía un impuesto del Templo de medio siclo que se esperaba que todos los judíos (ya vivieran en Tierra

Santa o en la Diáspora) entregaran para ayudar a mantener el funcionamiento del Templo. Como los judíos de la Diáspora vivían lejos del Templo, llevaban esos impuestos (que se consideraban una ofrenda) durante una de las fiestas de peregrinación. Parece que Shavuot se había convertido (por alguna razón) en el momento acostumbrado para entregar esos fondos recaudados.

Como solo una cantidad relativamente pequeña de judíos de la Diáspora acudía al Templo en esas ocasiones, debido al tiempo y al gasto considerables que implicaba hacer ese viaje, el impuesto del Templo recaudado por varias sinagogas podía confiarse a un representante que estuviera en condiciones de realizar el viaje. Así que la mayor parte de los fondos que Pablo ayudó a reunir habría sido más para el impuesto del Templo que para la ayuda directa a los pobres.

Cuando todos estaban a bordo de un barco (o se preparaban para embarcar), Pablo se enteró de un complot para matarlo y decidió que lo mejor era cambiar sus planes; regresó a Macedonia y desde allí viajaría en otro barco para frustrar a los asesinos. Sin embargo, el grupo de ancianos siguió adelante con sus planes, navegó hacia Troas y se reuniría allí con Pablo. Se dice que el complot había sido tramado por judíos no creyentes. Así que ahora Pablo y los ancianos de las distintas congregaciones están en Troas y aprendemos que el grupo no había zarpado de Filipos, en Macedonia, sino hasta después de que concluyeran los Días de Matzah. Esto se refiere, por supuesto, a la fiesta bíblica de primavera de los Panes sin Levadura, que comienza el día después de la Pascua. No debemos ser demasiado técnicos al mencionar estas fiestas, porque el Nuevo Testamento habla de ellas de la manera común en que se hablaba en aquella época. Técnicamente, la Pascua es una fiesta de un día que comienza el 14 de Nisán. Luego, el 15 de Nisán comienza la fiesta de Matzah, que dura siete días. En esta época (y durante muchos años antes), los términos Pascua y Panes sin Levadura se volvieron intercambiables porque, en la práctica, las dos fiestas se combinaron para formar un solo acontecimiento de ocho días. Así que los judíos tendían a hablar de la temporada como Pascua o Panes sin Levadura, aunque se referían a ambas. Lo importante que debemos comprender es que el primer y el último día de Matzah eran sábados festivos, por lo que los judíos no viajaban ni realizaban trabajos habituales. Prácticamente todos

los planes de viaje se suspendían durante ese período de ocho días, y esto retrasó la partida de Pablo y los ancianos, aunque las rutas marítimas se habían reabierto recientemente.

Por supuesto, esto significaba que en siete semanas llegaría otra Fiesta: Shavuot (Pentecostés en griego). Y, al igual que la Fiesta de Matzah, Shavuot era una fiesta de peregrinación. Eso significaba que, según la Torá, todos los judíos estaban obligados a presentarse ante Dios en el Templo de Jerusalén (Deuteronomio 16:10-12). Como ya hemos hablado, relativamente pocos judíos de la Diáspora hacían ese viaje; era largo, arduo, costoso y arriesgado. Pero no ir constituía una infracción de la Ley de Moisés. De hecho, vemos que Pablo tampoco hizo ese viaje. Más adelante, en el versículo 16, escucharemos acerca del gran deseo de Pablo de llegar a Jerusalén a tiempo para Shavuot. Es decir, ya había quebrantado el mandamiento de la Torá de estar en el Templo durante la Fiesta de Matzah y no quería quebrantar otra ley al no presentarse para Shavuot. Así que el momento de su viaje claramente tenía mucho que ver con el calendario de las Fiestas bíblicas.

Ahora llegamos a un pasaje que ha tenido un enorme impacto en el cristianismo (aunque habría que ser comentarista bíblico o un estudiante excepcional de la Biblia para notarlo). El versículo 7 dice que el primer día de la semana los creyentes se reunieron para partir el pan y Pablo continuó enseñando a este grupo hasta cerca de la medianoche. ¿Qué tiene esto de tan trascendental?, quizá se pregunten. Este es el versículo que ocupa un lugar central en el cristianismo institucional para declarar que Pablo abandonó la adoración en Shabbat e instituyó la adoración en domingo. ¿Por qué se llegó a esa conclusión? Porque dice que este grupo de creyentes se reunió allí, en Troas, un domingo (el primer día de la semana). Pero va más allá: también es doctrina cristiana habitual que Pablo instituyó la Comunión como parte de cada servicio dominical para los cristianos, porque dice que el grupo «partió el pan». Es decir, partir el pan se refiere al sacramento de la Comunión. Este es un tema muy delicado, pero no podemos simplemente pasarlo por alto.

Observemos que en la CJB el autor, David Stern, inserta las palabras **Motza'ei Shabbat** en lugar de «primer día». Primero, las palabras **Motza'ei Shabbat** ciertamente NO aparecen en el griego original; sin

embargo, creo que Stern está señalando algo importante**. Motza'ei Shabbat** significa «la salida del **Shabbat**»; se refiere al sábado por la noche. Recuerden que, en la Biblia, los hebreos contaban los días desde la puesta del sol hasta la siguiente puesta del sol. Así que el séptimo día, **Shabbat**, sábado, terminaba al anochecer. Entonces comenzaba inmediatamente el primer día (lo que llamamos domingo). Después de la puesta del sol, que ponía fin al **Shabbat**, se celebraba **Motza'ei Shabbat** en casa o en las sinagogas como una manera de prolongar el gozo del **Shabbat.** Esto **no** es un mandamiento de la Torá bíblica; es una Tradición. Por eso era una práctica reconocida por la sinagoga, pero no por las autoridades del Templo. Sin embargo, era una práctica común entre los judíos de esa época.

Como cada nuevo día comenzaba al anochecer y la luz del sol era esencial para la mayoría de las tareas (especialmente las agrícolas), la gente tendía a trabajar hasta la puesta del sol para aprovechar al máximo las horas de luz. Por eso comían su cena después de oscurecer, cuando terminaba la jornada laboral, porque ya no se podían realizar trabajos. Así que, durante **Motza'ei Shabbat**, que ocurría una vez que el sol se ponía y terminaba el **Shabbat**, se comía la cena. Una razón era que, como el **Shabbat** ya había terminado, se podía comenzar a preparar y cocinar la comida. El término común de aquella época para comer (especialmente cuando se refería a la cena) era partir el pan. Parte de la razón por la que se adoptó el término partir el pan es que al comienzo de la comida se recitaba una **barakah** (una bendición habitual), que implicaba literalmente partir el pan y pasar los trozos alrededor de la mesa. Por lo tanto, partir el pan no tiene nada que ver con la Comunión en la práctica judía. Simplemente se refiere a la bendición habitual con la que comenzaba la comida.

Pero esto plantea otro asunto: ¿estaba Pablo instituyendo la adoración dominical para los creyentes y abandonando el día judío acostumbrado para la adoración comunitaria, el sábado? Permítanme comenzar citando a un conocido judío mesiánico que ha escrito muchos libros sobre la importancia de redescubrir nuestras raíces judías. También ha creado un maravilloso comentario bíblico sobre el Nuevo Testamento y escribió la Complete Jewish Bible: el Dr. David Stern. Él dice lo siguiente:

«No encuentro que el Nuevo Testamento ordene un día específico de la semana para la adoración. No puede haber ninguna objeción a la práctica que adoptó posteriormente una Iglesia dominada por gentiles de celebrar el Día del Señor el domingo, incluida la noche del domingo; pero esta costumbre no debe proyectarse hacia atrás sobre los tiempos del Nuevo Testamento. Por otro lado, los judíos mesiánicos que adoran el sábado por la noche en lugar del domingo pueden encontrar fundamento para su práctica en este versículo».

Pablo no estaba cambiando nada ni instituyendo algo nuevo. Simplemente estaba participando en una costumbre judía típica: reunirse después de que la puesta del sol ponía fin al **Shabbat** y luego comer (partir el pan) con su grupo de discípulos. Esta costumbre se llamaba **Motza'ei Shabbat** y el judaísmo la ha conservado hasta nuestros días. Por definición, el primer día viene inmediatamente después del séptimo, así que, efectivamente, Pablo se reunía y enseñaba el primer día, domingo. Pero esto no era «cristianismo»; era judaísmo tradicional.

Esto también plantea el delicado asunto de si es correcto delante del Señor que los creyentes tengan una reunión comunitaria el domingo, o si esta debería realizarse únicamente el sábado (**Shabbat**). Abordé este tema ampliamente en nuestro estudio del libro de Nehemías, y pueden leerlo o escucharlo si desean repasar lo que dije en detalle. Sin embargo, haré un breve resumen, porque pocas cosas han dividido tanto al cristianismo del judaísmo, al cristianismo del judaísmo mesiánico y al cristianismo tradicional del cristianismo de raíces hebreas como este asunto.

1. En la Biblia (Antiguo o Nuevo Testamento) no existe el concepto de un «día de adoración» designado. Dios no ha señalado ningún día de la semana como un día especial o apartado para la adoración personal o comunitaria por encima de cualquiera de los demás días; tampoco ha prohibido ningún día específico de la semana como no permitido para la adoración personal o comunitaria.

2. El **Shabbat** es una sola cosa: el día de descanso ordenado por Dios. La Biblia describe el **Shabbat** como un día cuya única finalidad es cesar

nuestras labores habituales (tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento). El sábado NO es el día bíblico de adoración, porque tal cosa no existe.

3. La práctica judía de tener un día comunitario semanal en el que todos van a la sinagoga para orar y adorar en **Shabbat** es una Tradición judía; no es un mandamiento bíblico. En ninguna parte del Antiguo Testamento encontrarán una ley que ordene reunirse en **Shabbat**, ni encontrarán mención de que los judíos tuvieran una reunión habitual de adoración en el séptimo día. Esto se debe a que fue una costumbre desarrollada por el sistema de sinagogas, y dicho sistema no surgió sino mucho después del exilio babilónico y del cierre del Antiguo Testamento.

4. La acusación común de algunos judíos mesiánicos contra los cristianos es que reunirse para adorar el domingo equivale a reunirse en un día pagano. En la Biblia no existe tal cosa como un «día pagano»; Dios creó los siete días. Además, la práctica judía común de **Motza'ei Shabbat** consiste en reunirse el domingo (el primer día); ocurre al terminar el sábado (**Shabbat**), después de la puesta del sol, lo que significa que el día ya ha cambiado al domingo. **Motza'ei Shabbat** es adoración dominical.

5. Se afirma que el emperador romano Constantino, en colaboración con la Iglesia romana, cambió el Shabbat del sábado al domingo para los cristianos. Eso es incorrecto. Constantino **abolió** por completo el Shabbat para los cristianos e instituyó un nuevo día llamado «Día del Señor», que debía celebrarse los domingos. Como indica claramente el registro histórico, hizo esto precisamente para refutar a los judíos, a quienes consideraba malvados y sin lugar alguno en el cristianismo (es decir, desde su perspectiva, el cristianismo era una fe exclusiva para gentiles). Como los judíos se reunían tradicionalmente los sábados, los cristianos se reunirían de ahí en adelante los domingos. La diferencia es que la adoración dominical fue un decreto imperial y una ley de la Iglesia. Así que los cristianos dejaron de celebrar el Shabbat y, gracias a Constantino, comenzaron a considerarlo una ley abolida. Sin embargo, tampoco fue una coincidencia que la religión mitraica de adoración al Sol, la religión más dominante en el Imperio romano en aquella época, ya utilizara el domingo como su día de adoración (de ahí el nombre en inglés sun-day,

«día del sol»). Por eso Constantino consideró conveniente y políticamente útil declarar que el día cristiano de adoración (que antes no existía) sería el domingo, el mismo día en que se reunían los adoradores del dios Sol.

6. No hay nada de malo en reunirse para adorar en una sinagoga el sábado ni en asistir a un servicio cristiano el domingo; una opción no tiene más mérito que la otra. Ambas son fechas designadas para la adoración, creadas por tradiciones humanas y no por Dios. Además, estos días no son mejores ni peores para reunirse a adorar que cualquier otro día de la semana.

Por lo tanto, si alguien quiere hacer del **Shabbat** su día de adoración para coincidir con el día de descanso de Dios, está perfectamente bien. Pero si alguien quiere hacer del domingo su día de adoración y también el día de descanso de Dios, su sábado, eso NO está bien. La adoración dominical es aceptable, pero el Shabbat es únicamente el séptimo día, no cualquier día que elijamos. El día que elegimos para reunirnos en adoración comunitaria es decisión nuestra; pero el Shabbat es una ordenanza permanente de Dios, no algo que los seres humanos puedan cambiar a su antojo.

Lo que acabo de decirles es una combinación de las Escrituras y de historia registrada y verificable; no es una especulación mía. Así que, una vez más: Pablo y sus discípulos simplemente se reunían inmediatamente después del Shabbat, como era una costumbre habitual del judaísmo; él no estaba instituyendo un nuevo servicio de adoración dominical. Y él y sus seguidores estaban compartiendo una cena típica; no estaban celebrando la Comunión.

Retomando Hechos 20, versículo 8, parece que Pablo estaba haciendo lo que mejor sabía hacer: predicar. Continuó hablando y hablando hasta que, cerca de la medianoche, un joven llamado Eutico estaba sentado en el alféizar de una ventana; se quedó dormido y cayó por la ventana. Podría haber sido gracioso, excepto por una cosa: estaba en el tercer piso. Las calles de Troas estaban pavimentadas con piedras, así que, al golpearse, la caída lo mató. Se nos dice que Pablo, por supuesto, bajó corriendo, se tendió sobre él, lo abrazó y luego dijo que no se preocuparan, ¡que estaba vivo!

Hay varias cosas que señalar acerca de este acontecimiento. Primero, Lucas (el escritor de Hechos) estaba presente. Recuerden que Lucas era médico; no sé qué tan buen médico era, pero esperemos que supiera distinguir a una persona muerta de una viva. Sabemos que Lucas estaba presente porque, a partir del versículo 5, comenzamos a encontrar más expresiones en primera persona plural: el autor de Hechos empieza a hablar de «nosotros» y «nos», incluyéndose en la acción. Así que Lucas estaba en Troas con el grupo de ancianos y Pablo. Además, el versículo 7 dice que «nosotros» nos reunimos para partir el pan; Lucas estaba allí, en aquella habitación del piso superior. Por lo tanto, tenemos la confirmación de un testigo ocular, un médico, de que el muchacho realmente estaba muerto, y tenemos el testimonio de una resurrección de entre los muertos por parte de ese mismo médico.

El versículo 11 vuelve a mencionar el hecho de partir el pan y dice que ocurrió después del incidente en el que el muchacho cayó por la ventana. Es difícil conciliar esto con el versículo 7, excepto porque, aparentemente, por alguna razón, la comida no se realizó sino hasta cerca de la medianoche. Eso podría tener sentido, porque la preparación de la comida ni siquiera podía comenzar hasta que oscureciera. Y quizá el grupo estaba tan absorto escuchando a Pablo que no pensaba en la comida. Esto no importa para determinar qué día era. La medianoche no es el momento en que cambian los días; más bien, es la puesta del sol. Así que, de cualquier manera, esto estaba ocurriendo el primer día de la semana, domingo.

Después de unos días en Troas, llegó el momento de partir. Al amanecer, todos fueron a los muelles y abordaron un barco hacia Asón, pero Pablo no fue con ellos. Había una carretera en buen estado entre Troas y Asón; la distancia era de 20 millas, así que Pablo recorrió el camino a pie. ¿Por qué caminó Pablo en lugar de viajar en barco? Lo único que se nos dice es que, básicamente, decidió hacerlo; quizá simplemente quería un día para perderse en sus propios pensamientos.

En Asón, Pablo se reunió con los demás y abordó otro barco que los llevaría a Mitilene. Esta era la ciudad más grande de la isla de Lesbos. Desde allí navegaron hacia Quíos; al día siguiente, hacia Samos y, finalmente, hacia Mileto. Pablo decidió pasar de largo Éfeso (aunque estoy

seguro de que la curiosidad lo inquietaba después de los disturbios y todo lo demás), porque necesitaba llegar a Jerusalén a tiempo para Shavuot y cumplir el mandamiento.

A treinta millas al norte de Mileto estaba Éfeso, y Pablo envió allí a un mensajero para pedir que algunos de los ancianos de la congregación fueran a Mileto a reunirse con él. Pablo tenía algunas cosas que sentía que debía decirles a estos fieles líderes de la congregación de Éfeso, porque no creía que volvería a verlos.

A partir del versículo 18, Pablo declara ante los ancianos la fidelidad de su ministerio, no porque esté presumiendo, sino para enseñarles cómo debe servir un ministro. Pablo hizo lo que nosotros debemos hacer: lo vivió más de lo que habló de ello. Un buen ejemplo es mucho más poderoso que las buenas palabras, y uno de los ejemplos que les dio fue cómo dejó de lado el riesgo personal para poder ministrarles. Éfeso quizá fue la prueba más difícil que había enfrentado hasta entonces; los judíos no creyentes de allí se oponían a él con mayor firmeza que nadie, y los gentiles no creyentes tenían un interés económico directo en aplastar la postura de Pablo de que los ídolos que fabricaban no eran dioses verdaderos.

Pablo recuerda que enseñaba en público para que otros pudieran escuchar, aunque eso lo exponía a represalias; y enseñaba en privado tanto a judíos como a gentiles. Enseñaba a cada grupo el mismo mensaje beneficioso: arrepentimiento y fidelidad. Enseñó que ambos elementos deben ocurrir para que haya redención, así que también quiero enfatizarlo. Se dice (y yo mismo lo he dicho innumerables veces) que la salvación en Cristo es un regalo gratuito de Dios; viene por gracia y nada más. Sin embargo, eso es cierto solo hasta el punto en que reconocemos que PRIMERO, antes de la gracia, existe una prueba de elegibilidad. Y la prueba de elegibilidad es que debemos arrepentirnos sinceramente ante Dios por nuestros pecados contra Él. Juan el Bautista lo dejó claro; hemos visto este mismo requisito explicado (y puesto en práctica) a lo largo de todo el libro de Hechos. Incluso hemos visto a algunos nuevos supuestos creyentes que fueron bautizados basándose en el arrepentimiento de los pecados (Hechos 19:1-7), pero que no habían sido bautizados basándose en la gracia salvadora de Yeshúa. Pablo no los aceptó como salvos. Así

que se necesitan ambos elementos: el arrepentimiento de los pecados y la confianza en Cristo.

He leído numerosos artículos de pastores que explican que el arrepentimiento y la fe en Cristo son lo mismo. Es decir, arrepentirse también significa pedirle a Cristo que entre en tu corazón. Esta es la respuesta a cómo alguien puede estar de acuerdo con la doctrina que dice que la salvación viene solo de Cristo por gracia y, al mismo tiempo, evitar de alguna manera el asunto del arrepentimiento como ingrediente activo de la salvación. A estas alturas de Hechos, deberían haber visto que esto no concuerda en absoluto con las Sagradas Escrituras. Arrepentirse significa que no solo reconoces que eres pecador, sino que sinceramente tienes la intención de dejar de pecar. La verdad es que no necesitas a Yeshúa para comprender eso; todo lo que necesitas es la Ley de Moisés. Y no necesitas a Yeshúa para arrepentirte (Juan el Bautista fue nuestro mejor ejemplo de ello). Pero una vez que te arrepientes y decides vivir rectamente, todavía le debes a Dios por los pecados que cometiste. El arrepentimiento NO paga por tus pecados; el arrepentimiento solo reconoce tus pecados y te obliga a enfrentar las consecuencias.

Así que el siguiente paso después del arrepentimiento es encontrar la manera de pagar por esos pecados. Aprendemos en Levítico que Dios dice que el único medio para pagar por los pecados de una manera que proporcione perdón divino es que muera una criatura sin pecado; eso deja fuera al pecador, ¿verdad? La única solución es un sustituto inocente. Durante siglos se sacrificaron animales inocentes y se colocaron sobre el altar como sustitutos de los pecadores. Con la llegada del Mesías, Él se convirtió en el sustituto inocente por todos nosotros. Pero tenemos que reconocerlo y aceptar lo que Él hizo por nosotros al morir en la cruz,

para que esto llegue a ser efectivo. Entonces, cuando somos sumergidos en esa realidad, somos salvos.

Sin embargo, las Escrituras dejan claro que no podemos saltarnos el arrepentimiento e ir directamente a la salvación. Pero puedo decirles que me he encontrado con muchas personas convencidas de que pueden hacerlo: pueden orar para recibir a Jesús y simplemente continuar pecando intencionalmente como antes... ¡porque son salvas! En los

tiempos modernos, a menudo se las etiqueta como cristianos sin victoria. Desde mi punto de vista y de acuerdo con las Escrituras, el término «cristiano sin victoria» es un oxímoron. Cuando nos arrepentimos y somos salvos, recibimos una victoria de magnitud eterna. «Sin victoria» significa que falta uno de esos elementos. El versículo 21 repite la fórmula de Pablo para la salvación: dice que debemos apartarnos del pecado Y poner nuestra confianza en el Señor. No dice que apartarse del pecado SEA poner nuestra confianza en el Señor. Apartarse del pecado es un acto de la voluntad humana; confiar en el Señor para recibir el perdón de los pecados es un acto de gracia divina. Por eso se requieren ambos elementos.

Una vez aclarado esto, Pablo anuncia a los ancianos de Éfeso que va a Jerusalén, pero siente temor al respecto. Espera que suceda algo malo en el camino porque, según dice, en cada ciudad que visita el Espíritu Santo sigue advirtiéndole acerca de ir a Jerusalén. Muy probablemente, esto significa que hay creyentes que profetizan y le dicen que ven problemas por delante, y el mensaje es tan constante adondequiera que va que se lo está tomando en serio. Pablo mira hacia el futuro, pero lo que no podía determinar era el momento. Esa es quizá una de las mayores frustraciones que enfrentan los creyentes. Percibimos en nuestro espíritu que algo se aproxima; lo que normalmente no está claro es el «cuándo». Y ese «cuándo» puede ser antes o años después de lo que pensamos. De hecho, aunque Pablo estaba tan seguro de que nunca regresaría a Éfeso, sus epístolas nos muestran que sí lo hizo.

Como Pablo sentía que no regresaría a Éfeso, quiere declarar que ha entregado a la gente de Éfeso todo lo que el Señor le había dicho que les diera. Les ha explicado cómo ser perdonados y, si deciden ignorarlo, entonces no es responsabilidad suya. O, en la expresión hebrea común de aquella época: su sangre recaerá sobre sus propias cabezas. Pero ahora viene una advertencia: los ancianos deben prestar atención y mantenerse constantemente alerta porque se acerca el mal. Pablo está hablando directamente al liderazgo. Recurre a metáforas que Yeshúa utilizaba a menudo: las ovejas y el pastor. Pablo dice que está seguro de que vendrán lobos y atacarán al rebaño. Estos ancianos que están delante de él son los pastores del rebaño; es su trabajo mantenerse vigilantes y tratar con los lobos como sea necesario. De hecho, los ataques no siempre

vendrán de personas externas; a veces, miembros de su propio grupo se traicionarán a sí mismos y se volverán perversos. Enseñarán desviaciones y corrupción como si fueran la verdad, con el objetivo de atraer a los discípulos para sí mismos.

No tengo ninguna duda de que el erudito de la Torá, Pablo, tiene presente la exhortación de Yeshúa mientras abre su corazón y expresa sus temores a estos líderes de la congregación de Éfeso.

Juan 10:14-17 CJB

14 Yo soy el buen pastor; conozco a los míos, y los míos me conocen a mí,

15 así como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy mi vida por las ovejas.

16 También tengo otras ovejas que no son de este redil; tengo que traerlas, y ellas escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

17 «Por esto me ama el Padre: porque doy mi vida, para volver a tomarla».

Terminaremos el capítulo 20 y avanzaremos bastante en Hechos 21 la próxima vez**.**